

El libertador del hombre

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LA nueva encíclica social-religiosa del Papa Wojtyla presenta un panorama crítico de nuestra civilización occidental como ningún otro Papa lo ha hecho. Quizá únicamente fue Pío XI quien hace cincuenta años tuvo también expresiones de gran dureza para nuestra estructura económico-social de Occidente, denunciando el "imperialismo económico" sin entrañas que Norteamérica había empezado a imponer en el mundo por encima de la política de los partidos o de los Estados aparentemente soberanos.

Muchos tienen un especial empeño en identificar al Papa actual con las ideas tradicionales, queriendo hacer de él un conservador. Pero al menos en lo social no lo es, o no lo es tanto como éstos se figuran.

Para sacar consecuencias sociales, su punto de mira es evidentemente religioso. Parte de la idea de Jesucristo como "liberador del hombre", pero un liberador integral, ya que quiere librar de las cadenas de la alienación a todo hombre y a todo el hombre. Meta que hoy estamos lejos de haber alcanzado.

Y su Iglesia —cosa en la que demasiadas veces ha fallado— es la que debe hacerse "custodia de esta libertad que es condición y base de la verdadera dignidad de la persona humana". Su propio fundador es quien "tantas veces ha comparecido junto a los hombres juzgados a causa de la verdad"; y, en cambio, su Iglesia no ha superado "el así llamado triunfalismo", convirtiéndose frecuentemente en un reducto de poder, en vez de ser un movimiento liberador del hombre. Por eso muchos católicos se han convertido con razón, desde dentro de la misma, en los primeros debeladores de este mal con "sentido crítico respecto a todo lo que constituye su carácter y su actividad humana".

No pueden los creyentes encerrarse en su torre de marfil despreciando todo aquello que viene de fuera, como si la propia Iglesia tuviera dentro de ella misma un talismán con soluciones para todos los problemas del hombre. Por el contrario los creyentes tienen que ser modestos y "estar predispuestos a comprender a todo hombre, a analizar todo sistema y a dar razón en todo lo que es justo", para buscar y encontrar las soluciones que el mundo necesita. Lo que el cristianismo tiene es solamente "un proyecto de hombre, de hombre nuevo",

pero "carece de un proyecto de universalidad y de sociedad", como recordaba a los estudiantes de Roma el Papa Juan Pablo II hace pocos días.

Desde su puesto que debe estar por encima de las querellas humanas, pero no separado de ellas, debe lanzar el Papa su voz, y hasta su grito de inconformismo. Porque nuestro mundo actual tiene dos características contradictorias: el progreso y la autodestrucción. Y el Pontífice romano los señala como dos polos opuestos entre los cuales se debate la humanidad actual. Por un lado están "las conquistas científicas y técnicas jamás logradas anteriormente"; y de otro se hallan "las perspectivas de autodestrucción", como son la contaminación que trae la rápida industrialización actual establecida sin ningún norte humano, y el expeditivo procedimiento de recurrir a armas cada vez más poderosas suministradas por ávidos grupos de intereses materiales egoístas. Dos peligrosas espadas de Damocles que se ciernen por encima de nuestras cabezas.

Nuestro mundo occidental ha roto en su estructura económico-social y en su estructura política "el primado de la persona sobre las cosas", y por eso "el hombre actual está siempre por lo que produce", ya que "los frutos de esta múltiple actividad del hombre se traducen muy pronto, y de manera a veces imprevisible, en objeto de alienación". De ahí que viva el hombre actual "cada vez más en el miedo", porque "ha perdido los hilos esenciales de este dominio suyo", y es así carne incluso de "múltiple manipulación". Manipulación que la ejercen directamente dos factores: "el sistema de producción" y "la presión de los medios de comunicación social".

El Papa observa esta situación del mundo que, sin embargo, "no es ciertamente uniforme". Hay dos modos diferentes, según él, de ser criticable la sociedad. El primero es el del "abuso de la libertad", como ocurre en nuestras sociedades occidentales del "consumo por el consumo", en las cuales se da un desorden inhumano que conduce a la desintegración del hombre como tal en "las sociedades ricas y muy desarrolladas" y —por el otro— al imposible desarrollo de ese hombre en los países y sectores sociales que padecen hambre y desolación, encontrándose a una distancia inmensurable de la abundancia material de aquellas naciones o grupos hu-

manos privilegiados que no piensan en los demás porque su modo de vivir se lo impide.

En el otro lado de esta estructura social —en casi la otra mitad del mundo— existe otro panorama diferente: el de la falta de libertad y, muy particularmente, en el terreno religioso. El hombre —según el Papa— vive de un modo o de otro el fenómeno religioso, incluso aunque sea para discutirlo, y es preciso que las sociedades socialistas reconozcan claramente este hecho universal, proporcionando a todos sus ciudadanos la misma libertad de acción y de expresión, sean o no sean hombres religiosos. Lo que no puede ser es que "sólo el ateísmo tenga derecho de ciudadanía en la vida pública y social, mientras los hombres creyentes son apenas tolerados, o tratados como ciudadanos de categoría inferior".

Tenemos así actualmente una Humanidad que se encuentra dividida en dos grandes bloques. En uno de los cuales la "permissividad" conduce a una aparente libertad que solamente consigue organizar la sociedad engañosamente como en aquel dicho popular que propugna la situación del zorro libre en el gallinero libre, de modo que el más poderoso se apodera siempre del que lo es menos, incluso rogándole convenientemente con el afán desmedido y siempre creciente del consumo por el consumo, convirtiendo de este modo al hombre en una máquina automática de apetencias materiales cuantitativas.

Y en el segundo bloque se da una característica diferente: se impide esa libertad de la intimidad manifestada —según el Papa— preferentemente en el fenómeno religioso, libremente aceptado o desechado, sin coacción ni discriminación de ningún género contra las exigencias inalienables de la intimidad humana.

Como se ve, el Papa carga sus tintas contra el tipo de estructura económica que tenemos en Occidente, y el tipo de estructura política que tienen en los demás países sin suficiente libertad. ■